

Con justicia de poeta, Hugo retrata con mayor vivacidad al marqués, que es un personaje de carne y hueso, físicamente concreto y sensual como todo gran señor del Antiguo Régimen, en relación al cual la palidez febril de Cimourdain tiene la abstracción de la idea y un ascetismo casi corporalmente repugnante. Lantenac es hasta capaz de un solitario e inesperado gesto de generosidad, cuando salva a los tres niños del fuego, siendo así capturado por los revolucionarios.

Cimourdain se condena a sí mismo cuando condena a muerte a Gauvain, el valiente comandante revolucionario que ama como a un hijo (al punto de suicidarse tras haber ordenado su ejecución) y que, conmovido por el gesto de Lantenac, lo pone en libertad, transgrediendo la ley y haciendo peligrar la causa republicana por la que combate y en la cual cree. Cimourdain está por encima de Lantenac, como el apartado de una ley que garantiza la libertad a los hombres de carne y hueso está por encima de un hombre vital y sanguíneo que se emplea para que los hombres de carne y hueso sigan siendo esclavos.

Gauvain está por encima de ambos porque concilia la revolución con la caridad, la libertad y el amor, la Humanidad y a los hombres, el sentido de la ley y la excepción que toda existencia individual constituye respecto a ella. Además se declara culpable y considera justa su condena, porque advierte que liberando a Lantenac ha favorecido la victoria de quien quiere encadenar a los hombres que él ha llamado a defender. Gauvain es el hombre ideal del futuro, pero es Cimourdain quien actúa para hacer posibles aquel futuro y aquella caridad; Gauvain da la razón a Cimourdain que lo manda guillotinar. En el choque entre las varias respuestas a la tragedia histórica, la más elevada parece darla el sargento Radoub, el revolucionario soldado bigotudo, rudo e intrépido que vota contra la condena de su comandante Gauvain. Radoub es una de las pocas figuras de revolucionario –junto con la luminosa pero demasiado ideal de Gauvain– que inspira, en la novela, una total simpatía. Representando y celebrando la revolución en su peor y mayor momento, Hugo ha retratado con extraordinaria ecuanimidad sus aspectos más negativos: en memorables páginas describe la improvisación, la premura, la exaltación colectiva, la crueldad y el fanatismo que sospecha de todos la traición y la castiga aun antes de ser cometida, la superficialidad, la desconfianza, la retórica compulsiva, esa espiral que lleva a la revolución a devorar a sus hijos y a ella misma.

Describe, sobre todo, el apasionado espíritu totalizante, que requisa totalmente la vida y no deja espacio a la intimidad ni a la existencia privada, poniendo todo bajo los ojos de todos y obligando a la vida a ser vivida en público, en una excitación que expropia al individuo. La guillotina ya no es

la horrible máquina producida por el pasado para destruir la injusticia del pasado, sino una suerte de obscena máquina erótica. Algunas páginas –como las que describen la votación sobre la condena del rey y a las mujeres de la tribuna que recuentan los votos anotándolos en una tabla como ahora ocurre en los premios literarios– son un retrato definitivo de la revolución como representación de masas y corazón del espectáculo que domina toda la vida moderna, convirtiendo la tragedia en parodia. Por ello, releer hoy *El Noventa y Tres* significa echar las cuentas de ese cortocircuito de orgía o estremecimiento revolucionario y de cinismo reaccionario que ha caracterizado a nuestro tiempo. Con su honestidad, Hugo critica asimismo los aspectos retrógrados de la mentalidad jacobina, como la concepción tradicional que Cimourdain tiene de la mujer, que considera naturalmente sometida al varón, concepción, por su parte, contradicha por Gauvain, clemente, es decir moderado, pero en este punto, radicalmente democrático. Al revés que todos los que confundieron orgasmo con revolución, Hugo sabe que ésta no es deseable; en la novela excluye genialmente todo episodio amoroso, porque la dedicación y la violencia revolucionarias no incluyen, entre sus principios, el amor. La revolución no es el deseo sino el sacrificio de quien subordina la propia felicidad al deber de combatir para que tantos otros no sean excluidos de la felicidad.

Es esta la grandeza que Hugo percibe en *El Noventa y Tres*: a pesar de los delirios, los excesos y las perversiones, la Convención es el crisol de la civilidad, pone en movimiento un grandioso proceso de concretas libertades civiles destinadas a marcar el futuro, crea una consciencia de derechos y valores universales, contribuye a romper las cadenas del género humano. Por ello, y a pesar de todo, para Hugo la Vandée es una hidra y los reyes que quieren sofocar a la nueva Francia son unos tigres; esto no es una mera enunciación ideológica sino que se convierte en el sentido mismo de la novela, su aliento, su patetismo épico.

Hugo reconoce la validez subjetiva de los valores tan valientemente defendidos por los vandeanos, pero muestra cómo la hidra del pasado, la ideología vandeana, manipula y pervierte esos mismos valores, usándolos como instrumentos para inducir a los campesinos vandeanos a combatir, sin saberlo, para hacer triunfar la barbarie y la opresión que los aplastan. Sólo en la milicia revolucionaria aquellos valores de los cuales dan prueba los vandeanos –coraje, fidelidad, amistad, afectos familiares –se vuelven auténticos también en el plano histórico, son defendidos por la humanidad entera aunque se los use para dividirla y someterla. El verdadero héroe es el sargento Radoub, inmune a los prejuicios seculares y al sectarismo, capaz de vivir gallardamente, combatir, amar y perdonar.

Monárquico convertido en republicano y demócrata –en un proceso humanamente mucho más fecundo que el resentimiento que induce a tantos revolucionarios a convertirse en ultraconservadores–, Hugo no olvida los valores de la vieja Francia ni su variedad regional y particularista, que el marqués de Lantenac opone al centralismo jacobino con palabras especialmente actuales, dada la contemporánea reivindicación de la diversidad. No obstante, en aquel momento histórico, es para Hugo un bien –para que la variedad no sea degradada a instrumento de dominio– que el centro se afirme sobre la periferia, que París venza a Francia y Francia derrote a Europa.

«Tiempo de luchas épicas» dice una de las primeras frases de *El Noventa y Tres*. Épica significa totalidad, flujo tempestuoso de la vida entera, aceptada y celebrada en su conjunto, en la tragedia y en la parodia, en sus poderosas contradicciones. En este mar de la vida y de la historia, Hugo se halla en su elemento y traza de él un fresco grandioso y enorme, con esa ingenua elementalidad psicológica que deploraba Flaubert y con unos tonos melodramáticos que hacen sonreír pero atestiguan su grandeza porque sólo un gran escritor puede ponerse a prueba con el melodrama, con las grandes pasiones y los grandes efectos, con los grandes gestos y las grandes palabras, con la monumentalidad sentimental. A menudo, Hugo se rebaja a introducirse en el relato, anticipando eventos y conclusiones, hablando como un conferenciante y dando consejos, pero su fuerza supera estos defectos, que serían imperdonables en otra novela bien hecha. Inventa pero toma directamente de la realidad personajes, hechos y palabras, haciendo hablar al sargento Radoub mas asimismo a Danton y a Robespierre, con la desenvoltura del narrador que, cuanto más grande es, puede permitirse no inventar sino citar la realidad, haciendo marchar, como en un gran desfile, la historia universal.

En un fresco épico las contradicciones no se eliminan sino que permanecen, lo mismo que en el torbellino de la vida y de la historia; la admiración y el rechazo del Noventa y Tres coexisten sin rechazarse. Sed pequeños y mezquinos, dice Lantenac, intuyendo que quizá la caída del Antiguo Régimen produzca una generalizada mediocridad burguesa. Victor Hugo escucha aquellas palabras, que tantas veces serán repetidas con reaccionaria banalidad en las polémicas contra la democracia, y las trasciende con la misma magnanimidad con que las recoge. Cuanto hay de bueno en la vieja Francia pervive en Gauvain, en Radoub, en el batallón del Gorro Rojo, en sus sargentos y en sus cantineras; la revolución permite la épica, la visión a lo grande que va más allá de la misma revolución.

*Traducción: Blas Matamoro*